

# Democracia constitucional y capitalismo de vigilancia

## Constitutional Democracy and Surveillance Capitalism

Ignacio Álvarez Rodríguez<sup>12</sup>

**Resumen:** El texto pretende ofrecer al lector algunas reflexiones sobre la importancia y los peligros que presenta el denominado capitalismo de vigilancia —sistema que puede ser definido como una mutación del mercado tradicional donde se recaban y tratan a nivel masivo datos personales de todo orden y condición para su compra-venta en diferentes mercados— para los sistemas demoliberales.

**Palabras clave:** Democracia; liberalismo; capitalismo de vigilancia.

**Abstract:** This text aims to offer the reader some thoughts on the importance and dangers that the so-called surveillance capitalism—a

---

<sup>1</sup> Licenciado en Derecho (2004) y Licenciado en Ciencias Políticas (2009) por la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Doctor en Derecho (2011) por la UCM. Profesor de Derecho Constitucional de la UCM desde 2018.

<sup>2</sup> El presente trabajo se ha realizado gracias al apoyo del proyecto de investigación 'Garantías institucionales y regulatorias. Autoridades electorales y de supervisión digital ante interferencias, narrativas hostiles, publicidad segmentada y polarización'. Referencia: PID2022-137245OB-I00. IPS: Rafael Rubio y Loreto Corredoira.

system that can be defined as a mutation of the traditional market where personal data of all kinds and conditions are collected and processed on a massive level for its purchase and sale in different markets—presents for liberal democratic systems.

**Keywords:** Democracy; liberalism; surveillance capitalism.

Recibido: 21.10.2023

Aceptado: 28.3.2024

## Sumario

[1. Introducción](#)

[2. Capitalismo de vigilancia y sistemas democráticos](#)

[3. Capitalismo de vigilancia y guerreros de la justicia social](#)

[4. Capitalismo de vigilancia y la decadencia occidental](#)

[5. El resurgir del liberalismo y el capitalismo de vigilancia](#)

[6. ¿Prohibir el capitalismo de vigilancia?](#)

[7. A modo de reflexión final](#)

[Referencias](#)

## 1. Introducción

Ofrecemos aquí reflexiones al hilo de algunas lecturas realizadas recientemente sobre la importancia y los peligros que presenta el denominado capitalismo de vigilancia para los sistemas demoliberales. Es bastante sintomático que desde ciertos lugares esta materia se vea también salpicada por las tesis de los agoreros y tecnófobos, viendo el enésimo intento de destruir a la especie humana cuando, además del conveniente lucro —al fin y al cabo, son empresas que prestan servicios a consumidores que los demandan— nos hacen la vida un poco más sencilla y un poco menos caótica (Roushkoff, 2023).

El capitalismo de vigilancia puede ser definido de la mano de reciente doctrina (Zuboff, 2020, 26) como una mutación del mercado tradicional donde se recaban y tratan a nivel masivo datos personales de todo orden y condición para su compraventa en diferentes mercados. Sus comienzos se ciñen a las tecnologías empleadas por Google y Facebook en la primera década del siglo XXI y a partir de ahí no ha hecho sino expandirse, como demuestra la importancia de las redes sociales, las aplicaciones de comida a domicilio, el consumo en torno a Amazon o las plataformas televisivas de pago, por poner determinados ejemplos quizá obvios a estas alturas.

Se caracteriza por algunos rasgos particulares. En primer término, impulsa hacia una creciente extracción y análisis de datos. En segundo lugar, implementa nuevas formas de control y monitorización automatizadas. En tercer lugar, la voluntad de personalizar y adecuar los

servicios ofrecidos a los usuarios de plataformas digitales conforme a los datos recabados y convenientemente tratados a tal fin. Y en cuarto lugar, emplea infraestructura tecnológica para llevar a cabo experimentos continuos sobre sus usuarios y consumidores. Esto es, dicho con otras palabras, que la tecnología nos usa, a nosotros y a nuestros datos, para entrenarse y pulirse.

Como puede fácilmente colegirse, el mero hecho de la enunciación y defensa de la tesis referida está haciendo correr ríos de tinta. A continuación referimos las principales observaciones críticas que se le hacen al capitalismo de vigilancia desde diversos aspectos.

El primer aspecto es el laboral, donde la vigilancia en el trabajo es cada vez más común y, hasta cierto punto, invasiva (Velasco, 2023, 3). El despliegue tecnológico sin precedentes que estamos viviendo conduce al sentimiento de opresión del trabajador. Según estas ideas, se modifican las condiciones físicas y materiales y lleva a luchar contra el algoritmo, el nuevo jefe. Se graba a trabajadores su expresión facial, conversaciones y silencios. Se cuantifican, filtran y tratan los datos recabados, para que la máquina conozca de primera mano y sin subterfugios el rendimiento del trabajador. Sin empatía ni contexto ni, por ende, humanidad. La necesidad de productividad sin medida conduce a un despliegue tecnológico tal que las relaciones laborales sufrirán un cambio no ya coyuntural.

El segundo aspecto es el ideológico. Algunos autores creen que el capitalismo de vigilancia es una noción de derechas que debe ser no destruida sino reorientada hacia la izquierda. Dicho en corto: crear un

socialismo de la vigilancia (Cancela, 2023, 6). Sus adalides arguyen que no hay que dejarse seducir por los cantos de sirena que enmarcan estas disputas en torno a las libertades individuales u otros derechos liberales, en lugar de problematizar los derechos de propiedad y acceso a las infraestructuras tecnológicas. Critican el libro de Zuboff porque no centra su análisis en los conflictos de clase, por eludir el gasto energético y de recursos naturales que supone. ¿En qué consistiría? Abjurar del modelo autoritario chino para que nuestros datos, socializados, se diseñen para ser privados y encriptados, donde el sistema los trate como un bien común que lleve a compartirlos para mejorar los servicios públicos, no para engordar la cuenta de resultados de las *big tech*. Para predecir por los médicos, pongamos, enfermedades. Se interroga el autor el motivo de seguir leyendo libros que pretenden hacer un poco más humano el capitalismo y no ‘imaginar alternativas más justas y democráticas’ a este. La pregunta es retórica, va de suyo, porque no ofrece ninguna respuesta.

El tercer aspecto que se observa desde el prisma crítico tiene que ver con la modificación de nuestras conductas y hábitos al hilo que nos marca la máquina. El famoso *excedente conductual* (los datos masivamente obtenidos de nuestros comportamientos) busca en última instancia que cambiemos nuestros en función de las necesidades del ‘sistema’. Algunos autores (Palomeque, 2023: 7) hablan incluso de una alteración de los resultados electorales derivado del cambio a peor en las habilidades intelectuales provocado por el empleo del móvil, por cómo nos limita en nuestra cognición y formación del juicio.

El juicio del sector doctrinal crítico es que este tipo de tecnologías contribuyen a aumentar la desigualdad entre los ciudadanos pues los entornos digitales no son ajenos a las lógicas de poder y a las contiendas políticas e ideológicas que suscitan. No obstante, y aunque algunos autores defienden que estas herramientas limitan muy seriamente la igualdad de género, no deja de ser cierto que algunas afirmaciones que nos brindan no están exentas de cierto sentido común: Internet es una construcción artificial, creación del ser humano que no contiene nada inevitable. Tenemos margen de acción, nos vienen a decir los autores adscritos a esta nómina sectores, aunque por otro lado ellos mismos digan que ese margen debe ser utilizado para atender la discriminación interseccional que provoca la conjunción de capitalismo y algoritmo (Blanco-Ruiz, 2023, 9).

Dicho sector se apunta a la tesis del capitalismo salvaje y del movimiento económico descontrolado, algo que el capitalismo de la vigilancia alimentaría mediante la compraventa de las experiencias humanas cuyo rastro dejamos diseminados en forma de datos e información por la Red. El objetivo es siempre el de moldear y predecir nuestro comportamiento, según algunos autores (Cercas, 2023: 20). Se ofrecen ejemplos concretos como el de Zalando, empresa alemana sospechosa de investigar a sus empleados mediante *Zonar*, un sistema informático basado en que evaluación del rendimiento laboral de los empleados entre sí, lo que conduce, al parecer, a un aumento del estrés por sentirse permanentemente observados. La estrategia, por lo demás, es la que viene aplicando Amazon desde hace algún tiempo. ¿La

alternativa? Dejemos que sea la experta la que se pronuncie: 'la toma ilegítima, secreta y unilateral de las experiencias humanas para transformarlas en meros datos y comerciar con las predicciones del futuro de la humanidad debe ser declarada ilegal. Ya se han ilegalizado otros mercados, como el de tráfico con órganos humanos. Para hacerlo solo tenemos un camino: la ley y nuevos modelos de regulación' (Cercas, 2023: 20).

## **2. Capitalismo de vigilancia y sistemas democráticos**

Después de introducir brevemente los contornos del problema, hay que enmarcar los términos del debate en otro de mayor importancia: la propia supervivencia del sistema democrático y su eventual relación con el capitalismo de la vigilancia, pues no es infrecuente leer que el segundo horada y socava los cimientos del primero.

Para responder con cierta solvencia al interrogante, acudiremos a la ciencia política, rama seriamente preocupada por el presente y futuro de nuestras democracias (Mounk, 2018; Ziblatt y Levitsky, 2018; Keane, 2018 y 2022; Runciman, 2019). Una línea común de pensamiento dentro de tales trabajos se aventura por cauces procelosos pero relevantes: ¿está próximo el fin de la democracia liberal tal y como la conocemos?

El mayor riesgo para las democracias es no saber los riesgos que sufre. La doctrina referida entiende que ya no vamos a volver al siglo XX y que los problemas que allí se dieron no son los que las democracias tienen hoy. Ese marco de referencia está superado. De ahí que no es

plausible hablar del fin de la democracia como tal dado que, casi con toda seguridad, si eso sucediera lo haría de tal manera que probablemente nos dejaría estupefactos. Ello no obsta para que reseñen problemas conocidos, que podríamos cifrar en una suerte de crisis de madurez: estos sistemas se establecen a partir de mediados del siglo XX y hoy atraviesan las cuitas propias de quienes ya han experimentado décadas convulsas de todo orden. Pero hay diferencias entre las democracias 'de antes' y 'las de ahora'.

Por un lado, la violencia política no es la que era, dado que nuestros impulsos más destructivos se canalizan por múltiples y diferentes vías, en todo caso muy alejadas de cómo se canalizaban, pongamos por caso, en el siglo XIX. Por otro, la amenaza de catástrofe ha mutado severamente: el desastre antes galvanizaba en la temible guerra nuclear en la época posterior a la II Guerra Mundial, mientras que ahora anquilosa en torno a una real o presunta crisis medio ambiental, la influencia de la inteligencia artificial y de los robots o las devastadoras consecuencias de la pandemia. Finalmente, será esa revolución tecnológica la que cambie por completo —ya lo hace— nuestra forma de comunicarnos y de compartir información. Ese será el hilo conductor de la tesis de los politólogos referidos en este apartado, doctrina presidida por la idea de necesitamos que la Historia nos ayude a redimirnos de nuestra recurrente obsesión con el pasado más cercano.

No se entenderá la tesis respecto a las tecnologías si no se enmarca, siquiera brevemente, estas vetas de pensamiento. Al analizar los peligros a los que se enfrentan los sistemas democráticos en la actualidad,



podemos llegar a varias conclusiones. En primer lugar, los eventuales golpes de Estado que antaño se daban (por la fuerza de las armas, normalmente protagonizados por las Fuerzas Armadas), ya no se volverán a dar. Los impulsores de los golpes en el siglo XXI intentan hacer ver que nada está cambiando mientras lo dan. Al hilo de la intentona de golpe de Estado en Turquía en 2016, constatamos que el peligro puede anidar en la propia democracia. Dicho en corto, Erdogan se dio un auto-golpe para reforzar su poder. La lección a extraer es que debemos guardar todas las cautelas cuando se nos vende la idea de que se va a 'mejorar' o 'apuntalar' la democracia. Tal es el rédito del golpista, que juega con la ambigüedad para que la sociedad no sepa si está ante la destrucción o la mejora del sistema (Runciman, 2019, 87)

Tampoco cabe eludir en este marco el giro hacia las teorías de la conspiración que ciertos actores políticos están dando, porque al fin y al cabo los presuntos o reales golpes de Estado se prestan a especulaciones varias y gozan de un caldo de cultivo óptimo en las actuales democracias debido al sesgo populista que acusan. No es baladí recordar que el populismo no tiene nada de nuevo y ha prosperado en sociedades democráticas cuando se dan las condiciones propicias, a saber: sufrimiento económico, cambio tecnológico, desigualdad creciente y ausencia de guerra. Los ejemplos de Estados Unidos y Francia de finales del siglo XIX son sus puntales de referencia, no siempre interpretados de forma negativa por la doctrina que ha reflexionado en torno a ellos (Lasch, 1996).

A día de hoy se arguye que las democracias ya no son jóvenes y por eso carecen de esa emoción embriagadora que surge en la juventud, cuando uno atisba el potencial que tiene por delante. Antes al contrario, las instituciones están extenuadas. Aunque desciende la violencia también lo hace la igualdad y, si eso sucede, el tejido social presenta costurones. De hecho, la politología contemporánea citada apunta que las democracias son muy buenas resolviendo un problema (la violencia) que, en el pasado, demostró ser una precondition para la solución del otro (la desigualdad). Ni que decir tiene que el capitalismo de la vigilancia es muy igualitario (procesa vorazmente todos los datos a su alcance) y muy desigualitario (pues criba y selecciona en función de diversos factores a las personas y les ofrece servicios en consonancia diferentes pero tarifados a niveles exponenciales).

¿Cabe comparar los riesgos que entraña el capitalismo de vigilancia con los riesgos del presunto cambio climático, como una de las amenazas potencialmente catastróficas? Se podría trazar un paralelismo con la siempre temida y temible amenaza nuclear, estableciendo diferencias y simetrías. Runciman, en concreto, cree que comparado con la muerte del universo, la muerte de la democracia no pasa de ser una preocupación trivial. Si las máquinas inteligentes toman el control algún día, no tendremos más remedio que asumir que somos funambulistas.

Siguiendo a autores que han hecho de esta preocupación su principal actividad investigadora (Bostrom, 2016), el riesgo de catástrofe puede venir antes de las máquinas superinteligentes que de fenómenos medioambientales o de interacciones entre humanos y naturaleza. Lo

peor es que la democracia podría ser un obstáculo a la hora de rescatarnos de esa distopía dado que los electores priorizan sobre lo que conocen, no sobre lo que no conocen; dicho con otras palabras, no se nos puede pedir que prevengamos peligros que todavía no se han manifestado.

El problema de las máquinas inteligentes en el marco de la democracia no deja de ser un problema en el que el capitalismo de vigilancia ahonda. No cabe eludir que la máquina más poderosa del mundo es el Estado, una suerte de robot que necesitamos para rescatarnos a nosotros mismos de las trampas impuestas por nuestros instintos naturales. Pareciera que la democracia del siglo XXI ha perdido el control sobre grandes gigantes tecnológicos como Facebook, Google, Amazon y Apple. Para autores como Runciman, la verdadera amenaza radica en que Facebook sea capaz de imitar al Estado (al menos en cuanto Leviatán). Es en ese contexto donde se entiende mejor aquella afirmación que hizo el politólogo británico en una entrevista con un medio español diciendo que Zuckerberg era más peligroso que Trump (El Mundo, 2018).

Huelga decir que el enfrentamiento entre *Leviatanes* es disímil: Facebook es conectivo y el Estado es coercitivo. Facebook se basa en el hábito y en la seducción, el Estado no. Por eso directivos como Zuckerberg necesitan que su pueblo (la comunidad de la red social) tenga la sensación de que no tiene otro sitio al que ir. Sucede que las redes sociales presentan a lo sumo un peligro indirecto, no directo. Si hablamos de democracia pura hablamos de una aberración, pues resulta terrible y

sobrecogedor lo sencillo que es para la muchedumbre arremeter contra cualquier individuo que no sea de su agrado. Estamos hablando, claro es, de Twitter, cada vez más parecido a la democracia del mundo antiguo en el sentido de que si pierdes el favor de la ciudad serás condenado al ostracismo o a la muerte. Twitter no es una vía factible de hacer política y, a la vez, es una de las canchas donde se dirime el juego político del siglo XXI.

En este marco, los partidos políticos no quedan bien parados. No hay que ser un observador especialmente agudo para anotar que son entes tendentes a cierta artificialidad, con índices de pertenencia y militancia que llevan lustros cayendo en picado. Por algo no hemos conocido nunca los índices reales de militancia de ninguna formación política. Los movimientos sociales son los nuevos partidos políticos, aunque sus líderes se asemejen cada vez más a quienes regentan las redes sociales: no dejan de acaparar poder mientras hablan de 'sociedad' y 'comunidad'. Con la llegada de Internet parecía que la ventaja se decantaba del lado del ciudadano, porque la tecnología en red hacía que la información escapase al control de los poderosos, por mucho poder que tuviera. Nada más lejos de la realidad: la tecnología digital refuerza las tendencias existentes, no las subvierte, sea en democracias o en autocracias. Y el capitalismo de vigilancia es el máximo exponente de lo que se acaba de decir.

¿Estamos sometidos a nuevas manipulaciones en forma de *fake news*? Noticias falsas ha existido desde el origen de los tiempos. Y amañar elecciones no es una operación que pueda ser resuelta en dos trazos. El

verdadero peligro, a su juicio, no es en la manipulación sino en que la máquina no tiene conciencia. No será la primera vez que la democracia representativa sea comparada con la industria publicitaria (Schumpeter), ni tampoco será la primera vez que se nos recuerde que la democracia representativa no está pensada para ser gratificante sino para conseguir canalizar y resolver los conflictos. Recuerde el lector que en las democracias actuales la gente prefiere a alguien que se le parezca mucho, aunque sea incompetente, que lo contrario. También en el ámbito electoral.

Aunque la democracia moderna tiene el atractivo de reconocer dignidad y derechos individuales mientras produce beneficios económicos, y descartando alternativas totalitarias a izquierda y derecha del espectro, existen dos modelos que tienen ciertos visos de blandirse como alternativas: el autoritarismo pragmático del siglo XXI; y la epistocracia/tecnocracia.

El autoritarismo del siglo XXI promete beneficios personales y dignidad colectiva. El ejemplo obvio es China. ¿Quiénes abogarían por este modelo? Las democracias jóvenes (sobre todo si la llegada de la misma no se acompaña de beneficios materiales tangibles); los países donde la democracia todavía no ha echado a andar; y los países que atraviesan problemas medioambientales urgentes. Sucede que las propuestas de 'quitar derechos' no son alternativas a la democracia, propuestas que de explicitarse no concitan nuestro apoyo en las urnas (a lo sumo, si se les quita a 'los otros' pero no a 'nosotros'). Esto se ilustra con el ejemplo de Víktor Orbán, más seguidor de Rusia que de China. En

países como Rusia o Hungría la democracia es objeto de ensalzamiento mientras se la despoja de sus credenciales liberales. En otras partes del mundo ni siquiera en caso de descalabro se ha optado por la alternativa autoritaria, como expone el caso de la Italia, de la Grecia o de la España post-2008. Todo ello viene a demostrar que la democracia es el sistema menos malo para muchos pero no para todos, puesto que no es el único concebible.

Otro de los caballos de batalla de las democracias es la política identitaria. Hay personas que entienden necesitar nuevas vías para procurarnos mayor respeto. Los individuos buscan la dignidad asociada al hecho de ser reconocidos por su identidad (homosexual, trans, mujer, negro, etc). No solo quieren que se les escuche, quieren hacerse oír. Autores como el propio Runciman creen estas demandas una prolongación y realización democráticas. Eso sí: son campos de minas ante la posibilidad de cancelaciones o linchamientos. Conviene tenerlo en cuenta, sobre todo cuando el auge de este tipo de reivindicaciones ha ido de la mano del aumento del uso de las redes sociales, corazón del capitalismo de vigilancia.

La epistocracia es el gobierno de los que más saben. Este argumento, aunque parezca nuevo, tiene más de dos mil años de historia. No es tecnocracia. La primera es el gobierno de las personas que más saben mientras que la segunda es el gobierno de los técnicos. En Grecia en 2011 tomaron el mando los tecnócratas. En realidad, la tecnocracia tampoco se antoja una alternativa a la democracia, es más bien un añadido, como el populismo; la epistocracia, sin embargo, tiene mayor recorrido, toda

vez que prioriza la decisión 'buena' sobre la decisión técnicamente correcta. Pero tampoco somos muy halagüeños al respecto, dada la veta poco democrática de la que adolece: pone el listón altísimo y asocia indisolublemente poder y conocimiento. Para Runciman, la democracia es realmente buena en evitar los errores garrafales. A ello hay que añadirle que la democracia es el mejor sistema cuando está en el peor de los escenarios imaginables porque apaga más fuegos de los que provoca.

Las teorías libertarias, a derecha y a izquierda, unidas a los avances tecnológicos también son otro caballo de batalla (¿de Troya?) para las democracias actuales, bien en forma de *tecnoutopías* o *tecnodistopías*. Podríamos decir que el ente estatal es quien hace que las personas mueran de viejas y no por la violencia. Los futuros que algunos plantean (Harari, 2016 y 2018), como una humanidad liderada, cuando no arrasada, por una raza de *superhumanos* son todavía, en el mejor de los casos, embrionarios, amén de profundamente antihumanos, si se nos permite. En ese futuro apocalíptico, las aplicaciones nos conocerían mejor que nosotros mismos y acabarían por tomar las decisiones de forma autónoma y separada. Quedaríamos como una suerte de mascotas vivientes.

Los filósofos de la ciencia más rigurosos (Zamora, 2021, 230) han desmontado las principales ideas de Harari. Por un lado, porque las nuevas generaciones suelen inventar cosas nuevas cuyo objetivo es hacer obsoleta la sabiduría anterior; léase, para el caso concreto, la interacción y retroalimentación entre humanos y tecnología se enriquecerá y desarrollará en direcciones nuevas e imprevistas. Por no mencionar que

las máquinas necesitan saber qué decisiones tomamos de forma autónoma, por lo que cierto margen y autonomía seguiremos teniendo. De lo contrario, ¿cómo sabrán lo que *realmente* anhelamos? Conviene retener, en verdad, que los seres humanos seguiremos valorando, con toda probabilidad, el placer de poner en marcha nuestro libre albedrío y espontaneidad. Quizá Google sepa mejor que uno lo que debe votar, pero hacerlo desde las entrañas siempre será reconfortante para el individuo; si con ello además se desafía a la máquina, miel sobre hojuelas, que dice el refrán.

La tecnología digital, en verdad, incluye todos los futuros potenciales, algunos maravillosos, otros terroríficos y la mayoría absolutamente imposibles de conocer con antelación. Nuestra democracia, por más que a veces nos desagrade o nos conduzca a la melancolía sigue siendo un lugar cómodo y familiar en el que permanecer. Más allá de la necesidad que tenemos de encontrar chivos expiatorios para purgar nuestros demonios. Pero un ejemplo como el griego nos demuestra que la democracia puede absorber ingentes cantidades de dolor. La democracia siempre enfrenta problemas de diferente envergadura y quizá por eso son buenas aplazando el desastre. El problema reside en que sus virtudes positivas están desapareciendo. Por un lado, porque la solución de problemas comunes empieza a pasar por manos de tecnócratas y no de demócratas. Por otro, porque la solución a los problemas identitarios apuesta por un lenguaje que sólo entiende el colectivo vulnerable de turno, dando la espalda al proyecto político común.



¿En qué contexto democrático ha surgido y florecido el capitalismo de la vigilancia? En primer lugar, en uno donde la democracia occidental madura ha dejado atrás su apogeo, ya no está en la plenitud de la vida. En segundo lugar, en uno que nos tiene atrapados, que es pretender recuperar la juventud perdida. En tercer lugar, no podemos obsesionarnos con la muerte: si a la democracia le queda todavía vida por vivir, hay que vivirla. Si este bajón solo nos conduce a estar preocupados por el final de la democracia, viviremos lo que nos quede atrapados bajo esa obsesión. Esto es, trayendo nuestro tema, vivamos a pesar del capitalismo vigilante, vivamos a su pesar. En cuarto lugar, la muerte no es lo que era dado que ahora es algo parecido a un proceso gradual que se alarga cada vez más en el tiempo. Si la democracia se acaba tendrá un fin muy dilatado en el tiempo y ni el capitalismo vigilante lo podrá evitar. En quinto lugar, debemos tener en cuenta que la democracia y nosotros no somos la misma cosa. La desaparición de la democracia no es la nuestra propia. La historia de la democracia no termina en un único punto final, seguirá sufriendo reveses y cosechando éxitos. No podemos vivir vicariamente la vida, igual que no podemos morir vicariamente.

### **3. Capitalismo de vigilancia y guerreros de la justicia social**

Según Dreher, existe un paralelismo entre los bolcheviques y los guerreros de la justicia social (Dreher, 2021), pues ambos emplearían las

tecnologías de su tiempo para llevar a cabo la consecución de sus proyectos políticos. Hay quienes sostienen que la 'crianza' de estos 'guerreros' parte de las universidades, donde se les inculcan determinadas ideas para que, cuando salgan al mundo real, ya estén convenientemente preparados, llegar a las instituciones privadas y públicas y desplegar su programa en toda su extensión. De ahí que cada vez haya más 'concienciados' (*woke*, despiertos), que llegan a empresas y administraciones con sus banderas coloridas bajo el brazo y no pierden oportunidad de hacerlas valer en sus diferentes ámbitos de influencia. Fabrican nuestros sueños en Silicon Valley y esto es una realidad.

Se olvidan, como dijo el inolvidable Kundera, de que todo camino hacia adelante es, al mismo tiempo, un camino hacia el fin. No obstante, nuestro autor cree que en las democracias liberales la lucha ya no es entre izquierda y derecha sino entre progresistas conservadores y progresistas liberales. Se discute, a lo sumo, sobre el ritmo y los detalles del cambio. Es más, en esta materia del capitalismo de vigilancia, nada se discute y todo se permite. Una vez más, ha sucedido: lo de veras importante se nos inyecta en vena a diario y ya forma parte de nuestra vida cotidiana hasta tal punto que no nos damos cuenta. Esto ha dado pie a que el capitalismo de vigilancia y el totalitarismo blando vayan de la mano. Son amigos íntimos que se necesitan, pues buena parte de las herramientas del primero las aplican los próceres del segundo para cancelar, linchar, silenciar y, así, dar rienda suelta a las peores pulsiones humanas.

El orden social auténticamente justo es aquel que facilita la bondad de las personas. No aquel que se basa en reordenar las intolerancias propias, no aceptar ningún límite interno ni externo, natural o social, y llamarlo 'justicia'. Para que eso suceda y que la bondad se abra paso necesitamos acuciantemente recuperar la privacidad de nuestras vidas. Para decir la verdad libremente debe haber zonas de privacidad inviolables. Vigilar la vida privada es lo que hace el capitalismo de la vigilancia. Se ha infiltrado en nuestra vida cotidiana hasta límites inimaginables. Los móviles y las webs graban nuestras conversaciones (las famosas *cookies*). Los altavoces conectados a internet recogen todo lo que sucede en el domicilio y luego nos extrañamos de que el algoritmo de YouTube nos recomiende según qué cosas. Los coches. Las casas. Las neveras. Todos ellos espacios 'inteligentes', sobre todo para seguir nutriendo el capitalismo de la vigilancia.

Es como si se diera la tormenta perfecta: capitalismo *woke* más progresismo igual a ganar dinero. Imparable narrativa para un imparable modelo de negocio. Por eso cada vez más empresas se apuntan a causas 'inclusivas' o 'diversas'. Porque les deja pingües beneficios. Es sintomático que esto suceda al mismo tiempo que las grandes empresas acumulan datos a niveles masivos. No es ya que quieran saber qué nos gusta para vendérselo. Es que quieren que te guste lo que ellos quieren que te guste. No somos nuestros propios dueños. Lo son ellos. Las respuestas y reconocimientos faciales no son sino máquinas, inteligencias artificiales analizando emociones y entrenando con nosotros. Esto es, mejorando a pasos agigantados. Por dar un dato elocuente: se calcula que más de cien

millones de consumidores chinos emplean en China este tipo de reconocimiento como medio de pago. La misma fuente indica que el mayor y mejor laboratorio de inteligencia artificial es China (Ceballos, 2023, 109).

Llegados hasta este punto, huelga decir que China y USA se necesitan recíprocamente, aunque no lo digan en público. La meca del totalitarismo y del control social copia las técnicas capitalistas más voraces y la meca del capitalismo copia las tecnologías más avanzadas en lo que viene siendo controlar y guiar a la población. ¿Cómo? Mediante un sistema de crédito social que establece recompensas y sanciones en función de la obediencia del súbdito. ¿Cómo? A través de los reconocimientos biométricos faciales gracias a las miles de cámaras último modelo que pueblan las calles chinas. En honor a la verdad, y demostrando la tesis antes aludida de que Occidente va poco a poco aplicando lo que China hace, hasta once países europeos utilizan técnicas de control biométrico para controlar a la ciudadanía. La razón es “velar por su seguridad”. Venecia estableció el sistema *Smart Control Room*, con el que se controlan todos los movimientos personales mediante los datos que ofrecen nuestros móviles (Gúmpert, 2022: 215). Se busca crear la persona nueva (otro clásico del totalitarismo), obligándole a que internalice completamente ese *estilo de vida*. Una sociedad sin dinero en efectivo. Un régimen que cuando detecta algo parecido a un disidente procede a ‘armonizarle’, palabra propia de la jerga oficial.

Ante este panorama, Dreher insiste: la privacidad de las personas es clave para ser de veras auténticos. Vivir de veras sólo cabe en la esfera

privada. Tener público y pensar en el público es vivir en la mentira, como dijo, una vez más, un personaje de Milan Kundera. El sistema del capitalismo de vigilancia pretende programarnos para que renunciemos a nuestra privacidad. ¿Cómo resistirlo? ¿Cómo vivir en la verdad? Dreher ofrece algunas ideas relevantes.

En primer lugar, recordar el poder de los 'sin poder', que decía Vaclav Havel. Decir no. Resistirse aunque cueste todo. Enseñar lo que hay detrás del telón. Quizá jugarse el ascenso, perder oportunidades de medrar o de hacer dinero. No cabe llamarse a engaño en estas lides: perderás mucho por el camino, pero eso significará que estás en la mejor dirección. Vivir en la verdad es muy exigente. Una tarea casi titánica, heroica.

En segundo lugar, habrá que sacrificar también parte de la vida de aquellos a quienes más queremos, lo cual complica no poco la empresa. Por ejemplo, las familias antibolcheviques mandaban a sus hijos a estudiar ciencias naturales para evitar que se contaminaran de ideología comunista, de tanto que estaba infiltrada en las ciencias sociales y en las humanidades. Vivir en la verdad implica, en suma, tener expectativas reducidas de éxito en el mundo. No es inventar nada nuevo sino proteger lo que ya tenemos. Y si estamos obligados por la razón que fuere a vivir en un mundo de mentiras, en última instancia podremos decidir si ese mundo vive en nosotros. No es necesario buscar activamente el martirio sino saber que decidir vivir conforme a nuestra naturaleza verdadera exige una dosis inherente de sacrificio que debemos arrostrar.

En tercer lugar, los totalitarios siempre se muestran muy preocupados por controlar la narrativa, de ahí que siempre pretendan

imponer no solo nuevas medidas y políticas sino también un nuevo lenguaje. Vivamos conociendo nuestro pasado, con memoria. La necesitamos. Así conoceremos cómo resistieron otros antes que nosotros. Como dice Dreher, la esencia de la modernidad se basa en negar que existan historias, estructuras, hábitos o creencias trascendentes a las que debemos someternos. Defienden que no hay virtudes fijas y verdades permanentes, cuando todo el mundo sabe que hay dos o tres verdades indubitables que hacen las veces de cimientos de una vida que merezca la pena ser vivida.

En cuarto lugar, creemos polis paralelas, para posibilitar la auténtica vida social e intelectual. Seminarios en domicilios particulares, como hizo Roger Scruton jugándose el tipo contra el totalitarismo del Este. Llevar esas enseñanzas a la vida diaria. Hacer de la casa familiar un auténtico hogar, un refugio al que siempre volver. ¿Cómo educar a alguien a tu cargo? Ofreciendo ejemplo de valentía moral (“Solo ante el peligro”). Llenar de bien su imaginario moral. Hacer grandes sacrificios por el bien de todos. Enseñar que forman parte de algo más grande que ellos mismos. Ser hospitalario y servir al prójimo, compartiendo vida. Podríamos resumir las enseñanzas en una: no basta con estar en contra de todo lo malo sino que hay que estar a favor de algo bueno. Es sabido que Dios no quiere admiradores sino seguidores. La importancia de la familia va más allá de la propia familia, pues sólo podemos sentirnos libres en comunidades pequeñas. En ese contexto, es importante destacar que no debemos minusvalorar la capacidad que ofrece el derecho como herramienta a disposición de las democracias, en el

sentido de crear el marco necesario para regular los modelos de negocios que generan estos problemas y así llenar el vacío legal existente, posiblemente para construir nuevamente ámbitos donde prime la privacidad.

Ganará el coraje, pero ayudándonos entre nosotros. Para envalentonarnos en el mejor sentido. Como recomendaba Scruton, hay que encontrar algo que te saque de ti mismo, descubrir tu valor en relación con los demás, y aceptar la disciplina que surge de compartir objetivos y ser responsable ante los demás. Kierkegaard fue, una vez más, preclaro: no es una filosofía sino una forma de vida. El verdadero seguidor aspira con todas sus fuerzas a ser lo que admira. Reconoce el costo de ser discípulo y está dispuesto a pagarlo.

#### **4. Capitalismo de vigilancia y la decadencia occidental**

El capitalismo de vigilancia ha encontrado su auge en un contexto donde las sociedades democráticas occidentales presentan algunos signos o síntomas de decadencia.

Ross Douthat ha estudiado el particular. Quien fuera director de la prestigiosa publicación *The Atlantic* y hoy uno de los columnistas estrella del *New York Times* junto a David Brooks explora con pulso firme las causas de las crisis que vive el sistema demoliberal en su conjunto, aunque se centra fundamentalmente en los Estados Unidos de América, y en cuáles podrían ser los remedios o las alternativas proyectadas a tan funesto paisaje (Douthat, 2021).

El periodista se interroga sobre el eventual fin de las democracias constitucionales tal y como las conocemos desde finales de la II Guerra Mundial. De ser así, ¿existen alternativas a dicho modelo? ¿Lo será China en un futuro muy cercano? ¿India? ¿Quizá África, en un futuro 2100, en eso que el propio autor llama Euráfrica? Douthat cifra en cuatro grandes vectores los motivos de la situación crítica: el estancamiento, la esterilidad, la esclerosis y la repetición.

Respecto al estancamiento, a través de un análisis de diferentes hechos que han tenido lugar en la sociedad, la economía y la política norteamericana, el autor entiende que existen diferentes síntomas que traducen varios datos apuntando en la misma línea: aunque el dinamismo económico de Estados Unidos está fuera de toda duda, no se antoja especialmente alto respecto a Europa. Al final, tanto unos como otros hemos acabado por padecer crisis políticas muy similares en los últimos lustros: oleadas populistas, revueltas derechistas contra las élites y la inmigración y el resurgimiento de cierto tipo de socialismo desde la izquierda. A pesar de las muchas diferencias transatlánticas, nuestra experiencia económica es esencialmente la misma: estancamiento persistente, decepción crónica y una creciente desavenencia entre la promesa del progreso y una realidad en la que todo parece (sorprendentemente, tristemente) seguir igual.

El autor maneja los estudios de Cowen y de Gordon para explicar por qué vivimos esa decadencia estructural, ese lento letargo donde las cosas no se hundan, pero tampoco gozan de perspectiva de mejora. Las 'cinco fuerzas estructurales' que hacen poco probable que se recupere los



índices de crecimiento que existían antes del inicio del fin (antes de la década de los setenta) son, a su juicio, el peso demográfico de una población envejecida, el exceso de endeudamiento, las restricciones a la educación, los impedimentos derivados del medio ambiente y el estancamiento tecnológico, esto último tanto más contra intuitivo por cuanto nuestra sociedad demuestra mañas obsesivas con eso de la 'tecnología' y la 'innovación'. En su día había no pocos observadores que esperaban unos progresos (semanas laborales de quince horas, trece de vacaciones), que hoy se han revelado inverosímiles.

Respecto a la esterilidad, Douthat dialoga tanto con *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood, como con *Hijos de (los) hombres*, de P.D. James. Ambas son distopías que manejan como elemento central de sus tramas la crisis de fertilidad. A partir de estos dos ejemplos, Ross Douthat realiza un concienzudo repaso por las principales tasas de nacimiento de bebés en diversos países occidentales para llegar a la conclusión de que, salvando a Israel no hay ningún país rico en el mundo cuya población, a falta de inmigración, no se contraiga. Las consecuencias económicas en una sociedad menos dinámica y más estratificada son importantes, sobre todo para los miembros de la tercera edad. Las generaciones venideras no parecen tan dispuestas a cuidar de personas que antes, gracias a los lazos familiares que se tejían, ayudaban a que sus mayores vivieran mejor y más.

El tercer jinete es la esclerosis. Ross Douthat analiza la llegada de Obama a la Casa Blanca donde reinaba un clima de ilusión, cierta euforia y un programa que parecía ambicioso, se pasó a una realidad de gestión,

casi inane y por ende esclerótica que, sin arrojar un saldo de grandes desastres, condujo a que la previsión del Gobierno errara, con una política de parches aquí y allá que ha podido hacer que parte de los juristas que han opinado sobre el asunto hablen de derivas posconstitucionales en Estados Unidos, deriva liderada en ocasiones por el propio Ejecutivo. Que la polarización no trae sino el espejo del propio fracaso de republicanos y demócratas y que precisamente ambos partidos han llevado al sistema constitucional norteamericano a una deriva que la presidencia de Donald Trump no hizo sino ahondar y, quizá, consolidar. El autor también dedica amplios esfuerzos a documentar tendencias similares en Europa. El autor entiende que el Japón de Shinzo Abe sería un espejo en el que mirarse, puesto que los nipones anticipan con bastante acierto las crisis que luego hemos sufrido en el resto de Occidente. Quizá la mezcla controlada de populismo y nacionalismo haya marcado la pauta, o cuando menos una pauta, para poder combatir tal decadencia. No obstante, el propio Douthat reconoce la inexistencia del bálsamo de fierabrás ni panacea que sirva para atacar causas estructurales mediante remedios coyunturales.

El cuarto jinete es la repetición. Ilustra su tesis recurriendo al celuloide. Al analizar las pautas culturales y las manifestaciones artísticas actuales, llega a la conclusión de que hoy todo se recicla con ideas repetidas en las décadas anteriores. También aquí hay decadencia, esa mezcla de frustración, futilidad, repetición, descomposición, y corrupción. Qué duro es llegar tarde a todo, cuando lo mejor se ha acabado. Douthat nos viene a decir que personajes de ficción como Walter White, el

antihéroe magistralmente interpretado por Bryan Cranston en *Breaking Bad*, nos calan tanto porque son fiel reflejo de la desesperación decadente que asola nuestras vidas. No sabemos quizá qué nos pasa y cómo nos pasa, pero sabemos que nos están pasando cosas y que no son buenas, no están funcionando. Sin rumbo, sin proyecto, sin horizonte halagüeño a la vista. En ese marco es sumamente fácil que nos absorba el capitalismo de la vigilancia, ofreciendo golosinas tecnológicas a cambio de poseernos.

La misma lógica se refleja en los ejemplos que tienen que ver con el derecho constitucional del siglo XXI. Verbigracia, las similitudes entre la lucha por la ratificación de Clarence Thomas para la Corte Suprema en 1991 y la de Brett Kavanaugh en 2018; entre el movimiento del *Black Lives Matter* y los debates en torno a O.J. Simpson y Rodney King; entre los debates sobre el aborto en los noventa y el debate sobre el aborto en la actualidad. No son fruto de la casualidad, sino puntos muertos de nuestro tiempo.

El autor cree que Google nos está volviendo aburridos. De hecho, piensa que las diferentes tecnologías que ahora copan los medios audiovisuales, las grandes empresas dominando exponencialmente todos y cada uno de los sectores culturales, acaban produciendo artefactos culturales menos sugerentes y más previsibles. Más decadentes. Apoyándose en el criterio de la antinomia dialéctica de Robert Nisbet (para crear de veras es necesario que el creador forme parte de una comunidad que tenga ciertas dialécticas entre valores, para que pueda desafiar algo), Douthat sintetiza lo que es realmente el predio

cultural de nuestros días. Mientras que la cultura que tiene vitalidad critica su propia tradición, la decadente repite lo mismo en voz alta o de forma tediosa. La cultura vital hace bricolaje a partir de los relatos clásicos; la decadente cambia de sitio las cosas. La cultura vital crea seguidores desde cero; la cultura decadente se pone al servicio de sus seguidores. La cultura vital es un taller; la cultura decadente es un museo.

Douthat defiende la 'decadencia sostenible'. Nuestras sociedades se encuentran anestesiadas y narcotizadas, con productos tan típicos como la pornografía que llevaría más que a hacer según qué cosas en la vida real, a evitarlas. La seguridad de lo virtual lleva a que el entretenimiento electrónico y la comunicación virtual enmienden las conductas reales que conducían a los adolescentes de antaño al peligro y a la tentación. Tal extremo no implica más felicidad juvenil en la vida real. De ahí los índices de depresión en los jóvenes. Esos mismos jóvenes eran antes arriesgados. La infelicidad hoy es una forma de anomia, no un incentivo para portarse mal.

En suma: no estamos incómodos con la decadencia. Por ejemplo, un joven desempleado con una videoconsola está más ocupado y entretenido, más reconciliado con la situación, y tiene menos probabilidades de causarle problemas a una sociedad estancada que no ofrece trabajo remunerado. Cosa que, por otra parte, hace que el propio estancamiento sea sostenible, porque la decepción no abrasa y la eventual incomodidad se pasa matando *marcianitos*. Lo mismo puede

decirse de las drogas que se consumen: las personas buscan anesthesiarse.

La polarización es otro punto que trata el escritor. Cuando acude a esos presuntamente enconados debates híper polarizados en redes sociales lo que Ross Douthat tiene claro es que los dramas y las tragedias en redes solo son una producción teatral, una farsa y una pantomima. El motivo de que los chicos de *Antifa* lleven máscaras es que muchos están simulando su revolución, y no quieren sacrificar sus nombres y rostros por algo que en verdad no es más que un juego.

Muchos de los miedos que sentimos cuando vemos 'arder las redes' se disipan rápidamente al salir a la calle y ver que no hay fuego por ningún lado. Ross Douthat cree complicado que un aluvión político-cultural arrastre a nuestra sociedad al conflicto civil. Nuestro problema es otro: que nuestras batallas son ruido y furia artificiales y significan relativamente poco. Por mucho que el territorio virtual las haga más feroces también las hace más performativas y vacías. La ira en redes no es más que una válvula de seguridad, una tecnología que emite vapor para una sociedad mal gobernada, estancada y que, sin embargo es mucho más estable de lo que parece en Twitter. Siguiendo a Baudrillard, Douthat observa que el argumento del francés de que la realidad simulada es propia de la contemporaneidad reciclada se cumple a pies juntillas, en contra del pregonado fin de la Historia *fukuyamiano*.

Un concepto clave es el 'Estado policial rosa', creado por el filósofo James Poulos, quien lo acuñó al hilo de una famoso videoclip donde se veían antidisturbios vestidos de rosa. Una suerte de nuevo estado político

y mental donde se diluye la separación público/privado y se reemplaza por una concepción binaria de salud/enfermedad y seguridad/peligro.

La histeria que se percibe como trasfondo de algunos actos cancelados en los campus universitarios descubren la verdad desnuda y cruda de la necesidad comercial: prometer a los padres, que son quienes pagan, supervisión, seguridad y un entorno bueno para sus hijos, mientras que a esos hijos les garantizan que durante cuatro años vivirán unas vacaciones tanto de las normas de la infancia como de las responsabilidades de la edad adulta.

La llamada burocracia sexual en tales campus (concepto acuñado por dos juristas, Suk y Gersen, que alude a la híper-reglamentación de las relaciones sexuales entre los jóvenes), es uno de los últimos pasos que se han dado en esa dirección *rosa*. El problema lo hemos anotado varias veces: no hay nada parecido en la vida real. La constante vigilancia en Nueva York, para que puedas ir seguro al brunch o a antros de bondage de diseño, es el *estado policial rosa* aplicado a la política municipal.

Con todo, Douthat cree que la crisis del sistema demoliberal es un argumento de trazo demasiado grueso. De ahí que podamos colegir que una cosa es que algunas cosas funcionen mal, otras que funcionen a medio gas, pero dentro de un marco estable y seguro por más 'decadente' que podamos decir que es. Parafraseando sus propios términos, nadie viaja a Irán o a Arabia Saudí y regresa proclamando que ha visto el futuro inevitable. Los alarmistas que predicen el inminente hundimiento de Occidente a menudo admiten que, en efecto, muchas de

esas presuntas alternativas apenas tienen poder en la esfera internacional.

¿Alternativas al sistema constitucional? Tiene varios problemas. Primero, el ideológico. Nadie ve en la Rusia de Putin o en Irán o en Arabia Saudí una alternativa de fuste. En las llamadas democracias iliberales (Polonia, Hungría, Turquía) lo que hay es una versión más nacionalista, conservadora o degradada de lo que existe en los países occidentales al uso, una variedad de decadencia. Los gobiernos de partido único que hubo en México, Corea del Sur o Japón retorcieron las normas para perpetuarse en el poder y nadie pensaba en aquellos tiempos, mediados y finales del siglo XX, que estuvieran desafiando a la democracia.

China es harina de otro costal. Aunque observa problemas muy parecidos en el país asiático, cuanto menos larvados —una sociedad estancada, esclerótica y envejecida— presenta tasas de crecimiento extraordinarias, aunque nunca del todo fiables, lo que razona junto a Thiel, quien defiende que China en realidad crece a ritmo tan veloz porque parte de una base muy baja. En fin, una China poderosa no es lo mismo que una China hegemónica en el sentido de percibirla como modelo cultural o político para el mundo.

El autor recuerda que al orden occidental sigue dándosele muy bien debilitar a los potenciales rivales por medio de la captación. La meritocracia nunca será derrocada porque se apropia de la clase de personas que podrían provocar dicho derrocamiento ¿Existen perturbaciones o malestares serios? Sí. ¿Son transformadores realmente? No. El Brexit o Donald Trump no son la llegada de Lenin a la estación de

Finlandia o la marcha sobre Roma de Mussolini. Ídem de lienzo explica el autor respecto del cambio climático.

Ross Douthat es firme convencido de otorgar a la decadencia reconocimiento. El mundo está cambiando bastante menos de lo que creemos. La paz general y una relativa estabilidad son bienes importantes y quienes los desprecian se descubren severamente castigados cuando consiguen el mundo más dinámico que ansiaban. Bellas y certeras palabras las del escritor, en las que profundiza sin nostalgia ni desmayo. Los seres humanos pueden seguir viviendo con vigor rodeados de un estancamiento general, prosperar rodeados de esterilidad, ser creativos envueltos en la repetición y construir vidas humanas buenas y completas que ofrezcan un contrapunto y un desafío al macrocosmos decadente. Aun en decadencia, sigue siendo posible imaginar y trabajar por la renovación y el renacimiento. No siempre es así, por decirlo suave, cuando confías en una revolución o precipitas una crisis o abres las puertas a los bárbaros. El auténtico peligro no reside en la decadencia sino en ser demasiado dinámico.

Si valoramos en su justa medida la decadencia, seguro que los robots no nos matarán, ni nos quitarán el trabajo; habrá menos fanatismo; la bomba poblacional se estancará; una economía estancada limitará emisiones de carbono y así el cambio climático no nos devorará. En este marco, nuestra principal tarea será sacarle el mayor provecho al estancamiento próspero. Viviremos diferentes formas de nostalgia. Ni estamos viviendo una distopía ni estamos en trance de vivirla. Las distopías se caracterizan por el hecho de que la gente no se percata de



que las está viviendo, de tan adaptables que somos. La decadencia no tiene por qué dar paso al colapso, se puede trascender, podemos renacer sin que sobrevenga una época tenebrosa.

Douthat quiere dejar claro que tanto lo bueno como lo malo anidan en nuestros sistemas y que lo mismo que nos puede condenar nos puede permitir seguir con vida. Queda claro que la inmigración es un motor de producción, fenómeno masivo que ha ayudado a los países occidentales e igual de verdad es afirmar que al “quitarles” a sus nacionales, los países de origen mejoran y empeoran a la vez (en diferentes escalas y medidas). Los mundos avanzados tecnológicos que se ven en algunas películas tienen la peculiaridad de que son ‘orgullosamente iliberales’, al glorificar monarquías con tintes teocráticos.

Ross Douthat entiende que resulta más sencillo declarar la crisis del orden democrático liberal que discernir alternativas viables al liberalismo, a la democracia o al capitalismo. Una cosa es cambiar el mundo desde blogs, libros, y tuits y otra articular cambios reales en las estructuras de las democracias occidentales. Quizá debemos refundirnos a una escala más humana y orgánica, tal y como proponen los promotores de la Declaración de París de 2016 (liderados intelectualmente por Patrick Deenan y Yoram Hazony).

## **5. El resurgir del liberalismo y el capitalismo de vigilancia**

Otros autores, señaladamente conocidos (Fukuyama, 2022), defienden el resurgir del liberalismo humano, ideología que se observa

seriamente amenazada a nivel mundial por el populismo a derecha e izquierda.

La doctrina liberal se basa en el individualismo (primacía moral de la persona), el igualitarismo (todos los hombres tienen el mismo estatus moral), el universalismo (unidad moral de la especie humana) y el amejoramiento (cualquier institución social o política puede mejorar).

Los atractivos del liberalismo son tres. Es una idea sumamente pragmática porque consigue unir lo que de otra manera no podría estarlo. Protege la dignidad humana. Y propicia el crecimiento económico, mejorando el bienestar de inmensas capas poblacionales. Su evolución como neoliberalismo generó un desencanto frente al sistema capitalista en conjunto, por opresor, rapaz y explotador. Fukuyama advierte sobre ese liberalismo que pretende ser implacablemente neutral en cuanto a los valores y que, por ende, se pone en riesgo a sí mismo.

Las políticas identitarias canalizadas por los movimientos anticapitalistas, feministas, raciales y diverso sexo-genéricos (las *teorías críticas*) blandieron diatribas de diverso pelaje contra el sistema liberal. Pasaron de querer formar parte del proyecto liberal a intentar dinamitarlo.

Recordemos que el mapa cognitivo del liberalismo es la ciencia moderna, la racionalidad, el criterio científico. Pero las teorías críticas ahora pretende argüir que la verdad no existe y todo es posible. El liberalismo clásico aboga por que nadie tiene la última palabra y el conocimiento debe basarse en pruebas. El método científico se empleó desde atalayas liberales para desmontar minarettes religiosos. Era la

victoria de la razón humana sobre la superchería, la oscuridad y la superstición. Pero llegó la posmodernidad y con ella la deconstrucción, cuyos pensadores 'críticos' pretendían demoler el sustrato liberal, primero a izquierda y luego a derecha.

Fukuyama cree que la tecnología moderna está socavando la libertad de expresión en determinados aspectos. Por un lado, una acusada veta autoritaria por parte de los Gobiernos, esa institución de la que el liberalismo siempre desconfía. Por otro, el control privado de los medios de comunicación tradicionales, con magnates bien conocidos dueños de emporios. La tercera es la sobreabundancia y sobreexposición a Internet y al inmanejable y abrumador nivel de información que produce. Fukuyama no se separa de las venturas liberales, extremo fundamental para oponerse al capitalismo de la vigilancia: para que la vida sea verdaderamente vivida, para que merezca la pena, necesitamos unas dosis imprescindibles de privacidad. Ni podemos ni debemos (ni queremos) ser 'transparentes' al cien por cien, como tampoco debemos dar pábulo a esos mundos de fantasía paralelos que Internet ofrece, poblados por personas que acaban creyendo que es legítimo ver en la campaña de vacunación contra la COVID-19 un plan político diseñado y orquestado por una suerte de *Deep State* o donde los unicornios de la justicia social esparcen cancelaciones a diestro y siniestro.

Para Fukuyama no hay alternativa real ni viable al liberalismo. En primer lugar, el liberal debe aceptar que el Estado y el gobierno son necesarios y superar la tentación neoliberal. En segundo lugar, tomarse en serio el federalismo y transferir el poder a los niveles inferiores de

gobierno competentes (abolición de las leyes *Jim Crow*). En tercer lugar, proteger la libertad de expresión de todas las amenazas habidas y por haber, especialmente en lo que hace a la esfera de privacidad necesaria para que uno pueda hacer su vida realmente en libertad. En cuarto lugar, otorgar primacía a las personas y a sus derechos frente a los grupos a los que pertenecen, pues nunca están plenamente definidas por dicha pertenencia. Recuerda a los clásicos griegos, para apostar por dos virtudes tanto a nivel individual como a nivel social o político: nada en exceso y templanza. Moderación y apertura. Es notorio que a veces la realización viene de aceptar los límites.

Huelga decir que propuestas como la de Fukuyama supondrían, al menos en alguna medida, un torpedo en la línea de flotación de las estrategias capitalistas de la vigilancia. Ello por tres razones. En primer lugar, dado que ha quedado claro que estas estrategias necesitan de unos ciudadanos permanentemente conectados, el liberalismo humano del *nada en exceso* rompería dicha conexión infinita, lo que traducido al román paladín significa menos datos circulando y en consecuencia menos volumen de negocio. En segundo lugar, si tal tesis consigue disminuir el grado de polarización, ello redundaría en un efecto muy parecido, pues también es conocido que a mayor grado de polarización, mayor es el volumen y tráfico de datos generado. Finalmente, si el liberalismo blasona de respeto a la vida privada es porque puede hacerlo, porque le acrece una inveterada trayectoria de proteger el auténtico reducto de libertad donde las personas pueden ser ellas mismas. Así, a

mayor vida privada de los ciudadanos, menor será la tentación de publicar constantemente lo que hacemos y pensamos en la Red.

## **6. ¿Prohibir el capitalismo de vigilancia?**

Existen algunos sectores, no provenientes del Derecho, que apuestan por prohibir el capitalismo de vigilancia (Hari, 2023, 57; Cercas, 2023, 20). Las razones se infieren del hecho de que tengamos la concentración rota, producida en gran medida por el funcionamiento básico de las aplicaciones y redes sociales que empleamos y cuyas características son las que siguen.

En primer lugar, intentan captar tu atención y capturarte, una vez lo han conseguido. Más tiempo en ellas es más dinero para ellas. En segundo lugar, todo lo que decimos se revisa, clasifica y almacena. Crean así perfiles que luego venden a los anunciantes que desean dirigirse directamente a nosotros. Todo lo que dices o buscas nutre a la máquina. Cada vez más sofisticado, el 'muñequito' que tienen de cada uno de nosotros predice cosas de nosotros mismos que nos asombran. Predicen nuestros movimientos. En tercer lugar, el diseño no es inocente: toda web o app está pensada y concentrada en retenernos el mayor tiempo posible, porque así dejamos más rastros de cómo somos y lo que nos gusta o disgusta y más puede entrenar (mejorar) el algoritmo. Te muestran cosas que te tengan pegado a la pantalla. Como los 'mira cómo está ahora la estrella de cine X' o similares. Estudios científicos han demostrado que por cada palabra que pongamos en Twitter de

indignación moral, el retuiteo crecía de media un 20%. Por eso el algoritmo prioriza enfadarnos, e irritarnos. ¿El objetivo? Convertir el odio en un hábito. Una cantidad sostenida de personas enfadadísimas acaba por cambiar la sociedad y la cultura. No tenemos más que mirar dentro del nosotros del siglo XXI y de lo que nos rodea. Recompensan la furia y penalizan la auténtica compasión.

Tales aplicaciones y webs nos adiestran para alternar tareas. Aprenden a descomponernos, desentrañando qué nos mueve realmente: qué nos excita, preocupa, remueve, irrita y un larguísimo etcétera. Nos acaban enfadando y la ira sin duda desconcentra. Todos sabemos de lo que hablamos: cuando estamos obcecados por enfurecidos, no hay forma de escuchar a nada y a nadie. Al educarnos en la hostilidad permanente, estamos en guardia, nos ponemos a la defensiva, y aumenta el estado de alerta y, con él, la inevitable y temible paranoia. Nuestra atención muta y ya no podemos concentrarnos en tareas lentas y reposadas. Incendian la sociedad. Y lo peor de todo es que los tipos que han creado estas tecnologías no las comprenden del todo. Les empieza a superar.

No obstante lo dicho, prohibir casa mal con el constitucionalismo como ideal y con el derecho constitucional. La razón es básicamente la misma: la libertad. Si reconocemos que el principio liberal es inherente al constitucionalismo, debemos reconocer que prohibir no puede ser la primera y única respuesta que se ofrezca. Además, conviene recordar que cuando se prohíbe algo no se elimina ese 'algo' sino que se acaba de crear, nos guste o no, el mercado negro de dicho 'algo'. En esta materia

conviene recordar que la libertad de empresa, reconocida en el artículo 38 de la Constitución Española y declarada derecho fundamental en la jurisprudencia del Tribunal Constitucional, operaría como dique de contención frente a la pulsión prohibicionista. Las empresas, al cabo, son libres de ofrecer sus bienes y servicios y los consumidores son igualmente libres de aceptarlos o no. Es cierto que algunos expertos apuntan a que la forma de funcionar de este tipo de tecnologías pasa por un mecanismo que acaba modificando nuestra conducta y preferencias, por lo que, bajo esta visión, cada vez que las usamos nos vamos haciendo menos libres.

El otro aspecto negativo de la prohibición tiene que ver con esa frase tan descriptiva que dice no querer poner puertas al campo. Casi con toda seguridad que estas tecnologías no sólo no van a autolimitarse o a desaparecer sino que seguirán mejorando y perfeccionando sus algoritmos para adaptarse a las nuevas demandas sociales. Unos algoritmos que, según ha demostrado parte de la doctrina administrativista (Rivero, 2023, 26), adolecen de ciertos sesgos que en no poca medida traducen los prejuicios de quienes los diseñaron. Ese es uno de los principales retos del derecho del siglo XXI.

## **7. A modo de reflexión final**

De lo dicho en líneas anteriores, se deducen algunas conclusiones que pasamos a sintetizar por mor de la claridad y la concisión.

La primera es que el capitalismo de vigilancia es un fenómeno que arraiga tanto en sistemas democráticos como autoritarios y cuyos contornos se están perfilando y desarrollando en la actualidad. Es un *work in progress* que no sabemos todavía en qué costas desembocará.

La segunda estriba en que el fenómeno ha arraigado en el marco de una lenta decadencia occidental. Quizá la falta de perspectiva o esperanza hayan llevado a que el modelo “redes sociales” colme nuestras ansiedades y tristezas más profundas y menos confesables. De ahí se derivan muchos sinsabores y no pocos problemas, incluso patologías, asociadas con un descenso en la calidad de nuestra salud mental.

La tercera tiene que ver frontalmente con lo que se acaba de decir: el capitalismo de vigilancia tiene consecuencias perniciosas para nuestra psique puesto que destruye la capacidad de atención, con todo lo que ello implica en forma de imposibilidad de leer textos largos o formar argumentos de cierta complejidad. Por no mencionar la ansiedad adicional asociada a tales diagnósticos, sobre todo en las franjas de edad más vulnerables.

La cuarta reside en el hecho de que ante el panorama descrito algunos autores proponen prohibirlo directamente: las webs y apps no podrían llevar a cabo ningún tipo de rastreo ni almacenamiento de datos para vendérselo a terceros ni para utilizarlos ellas mismas, sin perjuicio de que provean el servicio para el que fueron pensadas. Tal extremo se antoja difícilmente compatible con las libertades más elementales, especialmente la de empresa. No obstante, debemos seguir reflexionando sobre el particular, pues el desafío es mayúsculo y las



respuestas ofrecidas escasas, tentativas y quizá provisionales, cuando no preliminares.

## Referencias

Blanco-Ruiz, M. (2023). "¿Somos cómplices del capitalismo de vigilancia? Desigualdad y romantización del control a través de las redes sociales", *Perspectiva*, núm. 26 (monográfico dedicado al "Capitalismo de vigilancia"), Comisiones Obreras, Madrid.

Bostrom, N. (2016). *Superinteligencia: caminos, peligros, estrategias*, TEEL, Zaragoza.

Cancela, E. (2023). "¿Capitalismo de vigilancia: un concepto útil para la izquierda?", *Perspectiva*, núm. 26 (monográfico dedicado al "Capitalismo de vigilancia"), Comisiones Obreras, Madrid.

Ceballos, J. (2023). *Observar el arroz crecer. Cómo habitar un mundo liderado por China*, Ariel, Barcelona.

Cercas, B. (2023). "El capitalismo de vigilancia", *Perspectiva*, núm. 26 (monográfico dedicado al "Capitalismo de vigilancia"), Comisiones Obreras, Madrid.

Douthat, R. (2021). *La sociedad decadente. Cómo nos hemos convertido en víctimas de nuestro propio éxito*. Ariel, Barcelona.

Dreher, R. (2021). *Vivir sin mentiras. Manual para la disidencia cristiana*, Encuentro, Madrid.

Fukuyama, F. (2022). *El liberalismo y sus desencantados. Cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales*, Deusto, Barcelona.

Gúmpert, M. (2022). *Infodemics, posverdad y la sociedad que viene*, Ciudadela, Madrid.

Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus*, Debate, Barcelona, 2016.

— (2018). *21 Lecciones para el siglo XXI*, Debate, Barcelona.

Hari, J. (2023). *El valor de la atención. Por qué nos la robaron y cómo recuperarla*, Península, Barcelona.

Keane, J. (2022). *Breve historia de la democracia*, Antoni Bosch Editor, Barcelona.

— (2018). *Vida y muerte de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Méjico.

Lasch, C. (1996). *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, Paidós, Barcelona.

Levitsky, S., y Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*, Ariel, Barcelona.

Mounk, Y. (2018). *El pueblo contra la democracia*, Paidós, Barcelona.

Palomeque, A. (2023). "Una mina de la conducta: los peligros del capitalismo de la vigilancia", *Perspectiva*, núm. 26 (monográfico dedicado al "Capitalismo de vigilancia"), Comisiones Obreras, Madrid.

Rivero Ortega, R. (2023). "Algoritmos, sesgos, sexos y géneros: la sensatez del Derecho", *Revista de la Facultad de Derecho de México*, vol. 73, núm. 285.

Rushkoff, D. (2023). *La supervivencia de los más ricos. Fantasías escapistas de los multimillonarios tecnológicos*, Capitán Swing, Madrid.

Runciman, D. (2019). *Así termina la democracia*, Paidós, Barcelona.

Velasco, L. (2023). "El nuevo panóptico digital o cómo la vigilancia se extiende silenciosamente en los lugares de trabajo", *Perspectiva*, núm. 26 (monográfico dedicado al "Capitalismo de vigilancia"), Comisiones Obreras, Madrid.

Zamora Bonilla, J. (2021). *Contra apocalípticos. Ecologismo, animalismo, posthumanismo*, Shackleton Books, Barcelona.

Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de vigilancia*, Paidós, Barcelona.